



No llores por un mundo que lucha, lucha por un mundo que llora.

Se acabaron las ideologías. Se tambalean las ideas. Ya no hay izquierdas ni derechas, sólo etiquetas que marcan la pertenencia a determinados partidos políticos, vacíos cada vez más de contenido ideológico.

Los ciudadanos, en masa, nos dejamos arrastrar por la indiferencia ante la crisis, las desigualdades y la corrupción de nuestra sociedad. Es únicamente en solitario cuando nos encontramos con nuestro auténtico "yo", porque al pensamiento político, social o religioso hay que buscarlo de forma individual, aunque para ello tengamos que bucear profundamente dentro de nuestra conciencia. Es preciso hacerlo así si queremos sobrevivir individual y colectivamente pues es imposible hacer un cambio exterior si no hacemos primero un cambio interior: no habrá una sociedad nueva sin hombres y mujeres nuevos, libres y responsables.

Sin embargo, y a pesar de este tramado de conflictos e intereses, de esta gigantesca tela de araña que parece engullirnos a todos aún hay quien pelea contra corriente para mantener encendida la llama de la utopía, palabra gastada y vigente a la vez que expresa la lucha, el esfuerzo y el sueño de muchos por alcanzar algo que es posible si aunamos la suma de nuestras individualidades.

Igualdad, libertad, fraternidad, son para la inmensa mayoría ideas gastadas que usan para su propio provecho. Los millones de seres que mueren a causa del hambre o la guerra son cifras y el compromiso por los más marginados, para muchos, pura palabrería. Pero no es justo culpar sólo a los partidos políticos y a gobiernos cuando la inmensa mayoría de los ciudadanos somos responsables por limitarnos a contemplar cómo se desencadenan los acontecimientos sin hacer nada para impedirlo.





A medida que se incrementa nuestro nivel económico nos vamos desentendiendo de lo que sucede a nuestro alrededor y olvidamos que la salud y la abundancia de nuestro “Primer Mundo” son posibles a costa del hambre y la miseria del “Tercer Mundo”. Como en la India, hemos establecido un sistema de castas donde los países industrializados somos la clase dominante y el resto los parias. ¿Es que los inmigrantes, los refugiados, los marginados, no sienten como nosotros? ¿Qué nos empuja a tratarlos como animales o, lo que es peor, a ignorarlos?. Quizás sea, como decía Albert Camús: *“Nuestra propia ignorancia es la causante, casi siempre, del mal que existe en el mundo”*.

Poco a poco y ante la indiferencia de nuestros políticos que nos regalan discursos, más baratos que el compromiso, están surgiendo grupos organizados en institutos, universidades, asociaciones vecinales, comunidades de base, empeñados en llevar a cabo un cambio radical que implica solidaridad, amor a la verdad, respeto por la justicia. Y es que hartos de oír lo que se debe hacer y no se hace, deciden hablar menos y ponerse a trabajar: *“No llores por un mundo que lucha, lucha por un mundo que llora”*.

No podemos renunciar a la utopía porque al hacerlo renunciaríamos a la esperanza. La utopía no es, como su etimología indica, un lugar inexistente sino un largo camino que hay que recorrer poco a poco, aunque su recorrido esté lleno de obstáculos, desengaños y sinsabores. No se trata de convertir nuestro planeta en una especie de paraíso en el que desaparezcan el egoísmo, la maldad, el engaño y otras muchas lacras inherentes a nuestra condición humana, se trata, como decía Anatole France, de *“hacer de la utopía el principio de todo progreso y el diseño de un porvenir mejor”*.

Nos va en ello nuestra calidad de seres racionales, libres y, sobre todo, humanos.

María de los Angeles

Córdoba